

RELEER A ORTEGA DESDE ITALIA

FEDERICI, Maria Caterina y PELLICANI, Luciano (coords.): *Rileggere Ortega y Gasset in una prospettiva sociologica*. Milano: Meltemi Press SRI, 2018, 259 pp.

RAFAEL GARCÍA ALONSO
ORCID: 0000-0003-2846-9401

Según Émile Durkheim, los *hechos sociales* son exteriores a los sujetos imponiéndose a los mismos de forma generalizada y coactiva. Las formas de estratificación social existentes, los usos y costumbres, o la lengua materna predominante valen como ejemplo de los mismos. A juicio del sociólogo francés, la realidad social moldea a cada sujeto imponiéndole formas de actuar, pensar y sentir. Tal consideración puede considerarse parcialmente análoga a la diagnosticada por José Ortega y Gasset cuando metaforizaba que cada sujeto se encuentra en el mundo náufrago ante una vida dotada de cierta estructura que no ha elegido y en la que, para sobrevivir, se ve obligado a actuar. De ahí que la vida de cada cual sea un quehacer en el que intentar dotar de significado a la realidad no es la menor de las tareas. Un primer paso para ello es clasificar la realidad. Queda fuera de dudas el carácter preeminentemente filosófico de la indagación orteguiana. Ahora bien, ¿adapta también Ortega un punto de vista sociológico? Frente al positivismo de Auguste Comte, nuestro autor explicitó que la misión de su filosofía iba más allá de la referencia a los hechos procuran-

do realizar una indagación *sintética* en la que se tuvieran en cuenta los diferentes ámbitos de la realidad -es decir, la multilateralidad del ser- cuya interconexión es necesario averiguar sin olvidar su carácter siempre dinámico. Así pues, a la filosofía le cabe *integrar* -y, con ello, superar conservando, *salvar*-diversas perspectivas en las que el análisis de la existencia es usualmente abordado; ya sea científica, histórica, jurídica, económica, política, estética, lúdica o sociológica.

Resulta llamativo constatar que mientras proliferan los trabajos que analizan la relación de Ortega con la política, escasean los que abordan su contribución a la sociología. Pareciera que la *clasificación* de Ortega como filósofo ha ocultado su perspectiva sociológica, lo cual resulta llamativo en la medida en que, inevitablemente, su análisis de las circunstancias no podía ignorar la importancia de lo social. El excelente manual de *Teoría sociológica clásica* de Salvador Giner (2001) únicamente le menciona como introductor en España de la obra de Georg Simmel. Los planes de estudio de las universidades españolas aluden, que nosotros sepamos, en todo caso de refilón al autor de *La rebelión de las masas*. Sin embargo, sería injusto olvidar el destacado lugar que Luis Saavedra Mazariegos le dedicó en *El pensamiento sociológico español* (1991). O los análisis de los vínculos entre nuestro autor y Alexis de Tocqueville realizados por Jaime de Salas. O el libro *La teoría de los usos de Ortega y*

Cómo citar este artículo:

García Alonso, R. (2021). Releer a Ortega desde Italia. Reseña de "Rileggere Ortega y Gasset in una prospettiva sociologica". *Revista de Estudios Ortegaianos*, (43), 225-229.
<https://doi.org/10.63487/reo.128>

Revista de
Estudios Ortegaianos
Nº 43. 2021
noviembre-abril



Gasset (2002) de María Isabel Ferreiro Lavedán. Precisamente esta autora ha señalado cómo la recepción de la sociología de Ortega ha tendido a considerarla más como una teoría filosófica de lo social que como una sociología propiamente dicha. El biógrafo Rockwell Gray (1994) sostuvo que el componente fuertemente filosófico emparentó a Ortega con autores de fines del siglo XIX como Gabriel Tarde, Durkheim o Simmel resultando poco atendido por los sociólogos españoles de los años cincuenta que buscaban una sociología más pragmática. José Castillo Castillo dedicó en el volumen colectivo *Historia de la sociología española* (2001) un capítulo a Ortega y sus discípulos indicando su relevancia para análisis cualitativos próximos a planteamientos fenomenológicos y etnometodológicos. Señalemos, por último, que en *La perspectiva sociológica: historia, teoría y método* (1989), José Enrique Rodríguez Ibáñez afirmaba que la obra de Ortega no había sido considerada con la debida atención en su aproximación a los fenómenos sociales y a las tendencias históricas desde el punto de vista de la experiencia vivida. En definitiva, parece que Ortega no ha sido profeta en su tierra por lo menos en su vinculación bibliográfica con la sociología. Algo a lo que probablemente ha contribuido la compartimentación académica de las distintas disciplinas. De hecho, en 1939, en *Ensimismamiento y alteración* Ortega reprochaba a pioneros de la sociología como Comte, Durkheim o Herbert Spencer la carencia de un planteamiento ontológico capaz de esclarecer “qué es lo social (...) qué es la sociedad (...)

o...) los fenómenos elementales en que el hecho social consiste”. Bromeaba incluso respecto a Henri Bergson, de cuyos libros, escribía, salimos llenos de hormigas como resultado de su intento de aclarar la sociedad humana refiriéndose a sociedades animales de las cuales “sabemos menos que de la nuestra”. Consideraba a Durkheim como el autor que había realizado las mejores observaciones sociológicas.

Dicho lo anterior, es llamativo que en Italia, ya en 1986, Luciano Pellicani (1939-2020) publicara *La sociología storica di José Ortega y Gasset*. Interesado siempre por su figura, a la que había dedicado en 1978 un libro introductorio, su última contribución fue la organización en 2018 del congreso *Rileggere Ortega y Gasset in una prospettiva sociologica* del que surgió el libro que presentamos en estas páginas, coordinado por él junto a Maria Caterina Federici. Dos enfoques básicos se combinan a lo largo de los ensayos que lo componen. Por una parte, el destinado a esclarecer las contribuciones de Ortega a la sociología. De otra, el que se sirve de sus escritos para aportar, como recuerda Gian Piero Jacobelli, “posibles maneras nuevas de mirar las cosas”; en este caso, el mundo contemporáneo. Presentaremos a continuación algunas de las muchas reflexiones interesantes realizadas por los autores participantes en este libro. Cuatro son los núcleos identificables: pensamiento político, sociedad de masas, estética y sociología del conocimiento.

Comenzando por este último ámbito, en el primer ensayo, Pellicani expresa su estupefacción ante la falta de

atención que han suscitado los penetrantes análisis de Ortega sobre lo que constituye el núcleo de las investigaciones de lo que se denomina teoría sociológica clásica; a saber, la transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna. Es más, Ortega propone una teoría de la acción social en la que la dualidad creencias / ideas constituye una importante aportación. Las sociedades tradicionales son sociedades *cerradas*, en el sentido popperiano del término. Protegidas por una legitimación sagrada de la que resulta difícil evadirse en la medida en que sus *creencias* constituyen el marco normativo e impersonal en los que los individuos son socializados. No obstante, la preeminencia de una visión religiosa del mundo no impide que surjan conflictos. Ahora bien, cuando los disensos surgen sin perturbar el marco normativo básico, comunitario, no generan graves perturbaciones. Especialmente, si existe una minoría que encarna los valores comunitarios fundamentales y es capaz de proponer proyectos de vida común sugestivos. La *modernidad* se inicia con la multiplicación de posibilidades vitales ligadas al desarrollo económico. Surge una sociedad *abierta* en la que la riqueza, la racionalidad y la libertad minan el consenso y el carácter holístico del orden anterior.

En *Le carne delle cose* Gianfranco Pechinenda incide en cómo Ortega se aparta de Durkheim al considerar la realidad más como procesos que como cosas. Estas, desde una aproximación fenomenológica, nos aparecen filtradas por una diversidad de planos. Por un lado, a través de la separación entre

creencias e ideas. Por otra, por la jerarquía existente entre las sensaciones y los conceptos. El hispanista y orientalista Gianni Ferracuti defiende en su intervención que la noción de perspectiva, en cuanto organización cognoscitiva de una realidad siempre dinámica, invita a una aproximación *intercultural*. Especialmente, si se tiene en cuenta que Ortega propone una síntesis entre culturalismo y vitalismo que permita la fusión de ambos y, con ello, el cese de la ruptura de comunicaciones que se habría producido en occidente entre la razón y la vida espontánea. A juicio de Ferracuti, la posición de Ortega avala, además, una “metodología nueva” en la que no se trata tanto de comparar distintos sistemas culturales como de *comprenderlos* en su perspectiva espacio-temporal. Así lo tiene en cuenta Raffaele Federici al recordar la diferencia orteguiana entre generaciones acumulativas y generaciones polémicas.

En el año 2016 tuvo lugar en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, bajo la dirección de Javier Zamora Bonilla, el congreso *La tradición liberal en torno a José Ortega y Gasset*. Abordando este tipo de temáticas, el filósofo y economista Lorenzo Infantino presenta la evolución orteguiana desde el socialismo al liberalismo. También cómo llegó en 1921 a la convicción de la inutilidad y puerilidad de diseñar *more geometrico* organizaciones sociales esquemáticas; siempre más pobres que la propia realidad social. Infantino recoge de la *Notas del vago estío* (1925) la importante precisión de que mientras la democracia responde a la pregunta de

quien debe detentar el poder público, el liberalismo se pregunta más bien sobre cuáles deben ser sus límites. Recuerda su rechazo hacia el liberalismo “doctrinario” de las teorías contractualistas que imaginaban la posibilidad humana de vivir en el aislamiento. Ortega defiende, como Tocqueville, que la libertad y el pluralismo constituyen el trasfondo de la mejor tradición europea junto con la institucionalización de la libertad individual y la limitación del poder público. Precisamente por ello –y de nuevo en sintonía con el pensador francés y con Aristóteles– Ortega comprendió que es posible la existencia de una democracia en la que el gobierno de las leyes fuera sustituido por el gobierno de un peculiar tipo de hombres, los demagogos. Estos, como se denunciaba en *La rebelión de las masas* (1929), impulsan la aparición de un nuevo tipo de hombre cuyos apetitos son estimulados al tiempo que se aliena ilusoriamente su falta de sujeción a cualquier tipo de límites.

Pietro Dominici en su texto, y Sabrina Spagnuolo y Serenella Stasi en el suyo tienen en cuenta las investigaciones de Ortega para abordar cuestiones relacionadas con la sociedad de masas. Dominici considera que los análisis de Ortega son aplicables al análisis de lo que él mismo denomina *sociedad de masas interconectada e hiperconectada* en la que se produce la paradoja de que la intensificación de los lazos de interdependencia e interconexión coinciden con el debilitamiento de los lazos sociales. Como consecuencia de los mismos se hace necesario, sostiene Dominici, redefinir los límites entre lo *natural* y lo *artificial*.

Máxime cuando las mercancías, las ideas y los conocimientos circulan con velocidad vertiginosa al tiempo que disminuyen los lazos con el territorio donde se habita. A este respecto, Ortega habría intuido cómo la vida se habría convertido en mundial modificándose radicalmente las nociones de tiempo y espacio, tal como ha venido a consolidarse en la sociedad de la información. Ahora bien, pese a los logros técnicos, la actual *sociedad del riesgo* (Ulrich Beck) o de la incertidumbre (Zygmunt Bauman) parece avanzar, tal como anunció Ortega, a la deriva. El artículo de Spagnuolo y Stasi considera que el análisis orteguiano del *hombre masa* es parcialmente utilizable para explicar algunos comportamientos sociales en la actual sociedad red donde, en opinión de las autoras, el sistema educativo tiende a formar a una mayoría de técnicos hiperespecializados pero carentes de visión sintética. Mientras el hombre masa buscaba la seguridad en un líder visible y autoritario hoy se busca en el enjambre de las redes sociales donde los usuarios a menudo comparten opiniones escasas y acriticamente elaboradas. Sin embargo, las propias redes sociales pueden facilitar el enriquecimiento vital a través del ensanchamiento de las capacidades de diálogo, comprensión y búsqueda de soluciones de los siempre inevitables conflictos. Los análisis que acabamos de resumir convergen en cierto modo con la siguiente dualidad señalada por Patrick Tacussel en su artículo. Por un lado, la mayor parte de las formas de percepción común vigentes son *creencias* fragmentarias y poco racionales. Sin embargo, como escribió Ortega, no es

tanto que la existencia de un mundo objetivo nos permita coexistir sino que más bien la apertura originaria a los otros es el fundamento de un posible mundo común. El cual, señala Gabriele Forte, toma forma singular en la construcción de identidades digitales a través de las autopresentaciones en línea en las redes sociales.

En el libro que presentamos, varios artículos vinculan la sociología y la estética. Angela María Zocchi presenta los análisis orteguianos del *arte nuevo* en relación a la distinción entre masas y minorías selectas. Por otra parte, se arriesga a relacionar la defensa orteguiana de la posibilidad de crear un ámbito específico de *irrealidad* con la propuesta de Theodor Adorno y de Herbert

Marcuse consistente en otorgar al arte la función revolucionaria de negar lo existente y transformar radicalmente la sociedad. Un punto de vista quizá opuesto es el señalado por Alfonso Amendola, Vincenzo Del Gaudio y Mario Tirino al presentar el análisis del teatro como ejemplo de la separación entre el mundo real y un mundo imaginario de la que resultaría la suspensión de la vida cotidiana. A este respecto, los autores aproximan el análisis orteguiano del teatro al realizado por Marshall McLuhan sobre los medios de comunicación. Ercole Giarp Parini revisa desde un punto de vista social los escritos de Ortega sobre Cervantes. En definitiva, un libro estimulante y, cómo no, discutible.